



José Antonio en los escaños del Parlamento... Su voz clara y española sonaba en la falsa asamblea con ecos de acusación definitiva y demoleadora.

SILLOS

E N O

me dijo con aquella contundencia suya también, que no admitía réplica:

—Ahora, nada. Me voy. Cuando vuelva.

Luego, sonriente, encogiendo los hombros y jugando los brazos, como para expresar elocuentemente un hecho fatal, añadió:

—¡Voy de elecciones!

Efectivamente, fué diputado. Y a primeros de diciembre se reunió la Cámara. Cuando el Parlamento abrió sus sesiones, José Antonio tenía otra preocupación más importante que debatirse con los «señores diputados». El mismo día en que se reunían para discutir las actas, José Antonio informó ante la Sala primera del Tribunal Supremo en un recur-

so de casación. Se trataba de los derechos y bienes de unos menores. Su informe fué una pieza jurídica admirable. Y cuando, a los pocos días, se sentó en su escaño, fijó su posición concreta y tajante. Era la presentación del nuevo Gobierno. Y él, más o menos, dijo: «No me interesa. Ni derechas ni izquierdas. Gobierno totalitario».

José Antonio habló pocas veces. Fué muy irregular en su asistencia al Parlamento. En unos períodos iba casi a diario. En otras ocasiones, no ponía los pies por allí. Sentía un desprecio profundo por la casa y sus moradores. Naturalmente, tenía buenos amigos. Pero bien claro dejaba ver que su estimación era cosa personal. El solo hecho de que acudieran a la liza parlamentaria en serio, a discutir con los energúmenos, le alejaba de aquellos señores, tan dignos por lo demás.

De los diversos pasillos del Congreso, el que más frecuentaba José Antonio era el primero, aquél que da acceso al salón de sesiones por las mamparas de la presidencia. Estaba generalmente allí, de pie, en el centro, cerca del primer guardarropa. Escuchaba con gesto socarrón lo que le contaban, las mil triquiñuelas, zancadillas y maledicencias, que eran el plato de cada día. De vez en cuando ponía su comentario acerado. Dos palabras contundentes, lapidarias, que unas veces tachaba la censura y otras se limaban, por temor, en las propias Redacciones de los periódicos.

En aquel punto donde se detenía José Antonio arranca la escalera que lleva al piso principal, donde estaban las comisiones parlamentarias. Era, pues, constante el desfile de personajes y personajesillos. Por allí pasaba alegre y decidido, impetuoso y simpático, Honorio Maura, y pasaba también, entre dengues y melindres, la Margarita Nelken. Algunos, como Bruno Alonso, miraban torvamente. Cuando las comisiones terminaban el debate, descendían por aquella escalera los representantes de cada minoría, y en el último escalón, es decir, el primero, se detenían para leer a los chicos de la Prensa las notas correspondientes. Era un diluvio de notas que llenaban las columnas de los periódicos con aquella sección de «Pasillos», verdadero galimatías de enconos y rencores, resumen expre-

sivo de una lucha en que España se derrumbaba hacia el precipicio.

A José Antonio le divertía y entristecía a un tiempo este espectáculo. Detrás de la muralla de informadores que rodeaban al diputado lector, quedaba él escuchando, más alto que la mayoría, dominando el pintoresco cuadro. En su cara se dibujaban alternativamente las expresiones de pena, de contrariedad, de ira, de alegre satisfacción. Dependía de lo que se leyera y de quien lo leyese.

Algunas veces iba también al salón de conferencias y sentábase en los butacones. Pero casi nunca anduvo por los pasillos del lado de la Carrera de San Jerónimo. ¡Como que eran la antesala del despacho de ministros y de la presidencia! Allí no tenía nada que hacer. También iba poco por el bar, y sólo elegía este sitio cuando se trataba de mantener un diálogo privado con alguna persona.

No resistía la jornada parlamentaria completa, salvo en contadas ocasiones. A última hora de la tarde le llamaban otros deberes. Le llamaba el amor de los suyos, los primeros, aquellos valientes que le esperaban con ilusión encendida. Daba José Antonio de repente dos zancadas hasta el guardarropa, se ponía el gabán y salía a la calle. El aire fresco del anochecer era para él un alivio. Lo respiraba gozosamente y se metía en el «cacharro», que le llevaba, en dos minutos, hasta la mesa donde los papeles estaban timbrados con yugos y flechas en impresitas clandestinas. Y allí, en aquel despacho mucho más pequeño, en aquella casa ruidosa, donde la muchachada invadía todas las estancias, en aquel ámbito estrecho, ¡qué bien respiraba y qué a gusto se sentía! ¡Con qué fuerza, avivada en el espectáculo de los pasillos tenebrosos, emprendía la tarea de salvar a España a costa de su vida!

Sin perjuicio de una versión minuciosa, de una aportación documentada, que es tarea para otra ocasión, he aquí someramente referida la pequeña impresión de conjunto. La estampa del Fundador en uno de los trances más agrios de su vida, en aquella casa a donde fué porque tenía que ir, porque el deber le señalaba jalones de sacrificio. Y el acta de diputado era una cicuta amarga trasegada con entereza por un estoico.